

EUCLIDES DA CUNHA

Por MONTI

(Parte del capítulo "La épica de los jagunços", del libro titulado "TRES PERFILES", que comprende las biografías de Molière, Euclides da Cunha y San Martín).

Euclides da Cunha permanece cinco días en Monte Santo. La víspera del viaje a Canudos, entrega al mariscal Machado de Bittencourt para que se lo guarde, un anillo, con la recomendación de hacerlo llegar a su familia en el caso fortuito de que no volviera. El mariscal accede; pero al rato le advierte que al anillo le faltan algunas piedras. Hombre sin imaginación, el mariscal Bittencourt "era de un escepticismo tranquilo e inofensivo. En su sencillez perfectamente plebeya se amortiguaban todas las expansiones generosas... Sin ser de una organización militar completa e inflexible, se había amoldado, sin embargo, al automatismo típico de esas máquinas de músculos y nervios hechas para obrar mecánicamente a la rígida presión de las leyes". No se emocionaba. Carácter opuesto al de Euclides da Cunha, permanecía impasible en situaciones sentimentales que de intensas, hacen "un nudo en la garganta". Esta fría pasividad del ministro lastimó a Euclides da Cunha, porque sabía que de ser alcanzado mortalmente por alguna bala de jagunço, el anillo sería indefectiblemente recibido por su mujer, pero sin una palabra de consuelo.

Con la 21.^a brigada de la División Auxiliar, el 16 de Septiembre se encuentra en la la cumbre del Favella. Los ojos le fulguran, pues el sertón de Canudos le ofrece un aspecto distinto al del terreno bravío que había recorrido desde Quemadas. Era el "mismo suelo perturbado. Pero visto desde aquel punto, desde una distancia que suaviza sus laderas y las allana, las breves y numerosas serrezuelas proyectadas en plano inferior y extendiéndose, uniformes, por los cuadrantes, le dan la apariencia de una llanura ondulada y grande". Allá abajo, Canudos — que en 1893 no era más que un poblado con unas cuantas casuchas, y que en su auge con el *Conselheiro* tuvo, contadas una a una, 5.200 viviendas de techos de arcilla roja, que se confundían con el suelo — está silencioso como una necrópolis. Días antes, un "schrappnell" lanzado desde el mismo Favella, había estallado junto al cobertizo de las oraciones, entre el caserío, de donde ascendió un mortificante gemir y llorar de mujeres y niños. En torno, las tropas formaban una especie de herradura con los extremos descansando el pie de los tableros de Uauá y Varzea, da Ema. Por las aberturas, hacia el Norte y Nor-Este, se sucedían las chapadas, a ambos lados del bloque abaulado de la Canna Brava.

Llegaba, no le cabía duda, para asistir

al coma lento de Canudos. Este sentimiento lo adivinó también, pero como de defraudación, en los soldados de la compañía. Espoleó la cabalgadura, abrochada en la retina la desolación del ancho panorama. En el cuartel general tomó notas. En los días subsiguientes se aventuró por los vericuetos del sertón. Al bajar una cuesta descubre una especie de anfiteatro con canteros irregulares, de flores toscas, como un jardín abandonado. Un solo árbol, una quixabeira repujada por el sol poniente, extendía su sombra larga sobre un soldado con los brazos abiertos y el rostro hacia el cielo. Hacía tres meses que estaba muerto y permanecía intacto. De uno y otro lado, caballos inertes como embalsamados. De entre tantos, uno se destacaba: estaba como suspendido en el aire, a mitad de una rampa, aprisionado entre dos piedras. Un mediodía subió al cope del Favella. Tendió la mirada hacia la Canna Brava y quedó asombrado por los afectos de la luz aplomada y coruscante. Las montañas, sin bases, flotaban ingravídas, y por lo bajo, a lo lejos palpataba el seno tumultuoso de un mar inmenso e irisado.

El día 25 se completa el sitio. Euclides da Cunha desde la sede de la Comisión de Ingeniería, con un binóculo, sigue los movimientos de las tropas. A pesar de lo sorpresivo del ataque, los jagunços defienden sin cejar el terreno; pero son vencidos. Al cerrarse el cerco, quedan como sepultados, sin la esperanza de los senderos de Uauá y Varzea de Ema. Se hacen prisioneros: algunos niños, algunas mujeres y unos pocos combatientes heridos y agotados. Uno de ellos, con el ojo izquierdo granate por ele rozamiento fugaz de una bala, no abandona su actitud insolente y despectiva. Le pasan una cuerda por el cuello y lo arrastran a la caatinga. El jagunço no se resiste, pero se niega a gritar "Viva la República". Manos hábiles lo toman de los cabellos, le echan la cabeza hacia atrás, y otra mano, hábil también, con un cuchillo filoso, lo degüella. La audacia, el valor y la resistencia de los jagunços embebidos en la mística retrógrada que les impulsara el *Conselheiro*, provocaron en los soldados de la república otra mística, que como toda aquella que se fundamenta en la fuerza, solo se satisface con el rojo borbotante de la sangre.

El cerco, constrictor, se ciñe con lentitud, pero inexorablemente, como un cinto al que se le corriera cada día un ojal más. A la tarde ya no se escuchaba el rezongo de los rezos ni las fervorosas deprecaciones de los kiries, y el silencio que los sustituía era sepulcral. Antonio *Conselheiro* había fallecido. Durante un bombardeo, se había desmoronado con el altar mayor, y se había quedado prendido al suelo, mordiéndolo, con los brazos extendidos, como una cruz que apenas palpitará. Era el reverso de aquel soldado que quedara, a la sombra larga de una quixabeira, cara al cielo. No permitió que lo levantaran. Una mañana su lugarteniente Antonio el Beato lo tocó y estaba irio y duro. En el caserío se propaló la noticia de que se había ausentado, dejando un mensaje: la resistencia implacable mientras él se trasladaba al cielo para pedir la intervención de Dios. El Buen Jesús siempre había cumplido con sus promesas, cómo no cumplirla ahora en medio de tanta tribulación? Los principales lugartenientes habían sucumbido; no había, en realidad, un jefe, ya que la autoridad de Antonio el Beato era nominal. Cada jagunço se consideró su propio capitán y con su conciencia firmó un pacto; el de no defraudar al Buen Jesús para merecer el premio cuando descendiera de lo alto, vengador, rodeado de arcángeles flamígeros.

Las preces en común en la última prueba no tenían objeto. El *Conselheiro* estaba en cada pecho luchador, y cada jagunço rezaba para sí. Aunque el hombre les aserraba las entrañas, lo que enloquecía a los sitiados era la sed devoradora. A un paso, casi tocándolas, en la orla del techo del Vasa Barris estaban las acim-

(Continúa na página 15)